

EN BUSCA DE UN "EUROPEISMO ACTIVO"

por EDUARDO HARO TEGLEN

CHARLES de Gaulle ha conseguido dotar de cierta belleza la política internacional de Francia. Como todas las bellezas, es efímera, provisional. Pero es también una promesa. Unos cuantos países andan alucinados por esa belleza. Tratan, aunque la metáfora sea un poco brutal, de enamorarla, de fecundarla. Puede ocurrir que de esa fecundación surja la añorada posibilidad de una Europa unida y nueva. Kiesinger, desde Alemania, se declara vehementemente dispuesto a hacer renacer el pacto franco-alemán. Kossyguin, viajero por Francia en estos primeros días de diciembre, la atrae hacia sí. Wilson pretende su conquista para llegar, a través de ella, al Mercado Común que podría bruñir el desprestigiado oro de la libra esterlina. Todos estos países se buscan a sí mismos y a los demás a través de esa Francia que no deja de aparecer muchos días con un rostro huraño, orgulloso, personal. Un poco misterioso, como corresponde a esas bellezas que intuyen que, si hablan demasiado, terminarán por perder su atractivo. Desde lejos, un amante desdichado, Estados Unidos, contempla la pantomima con una inquietud creciente. Estados Unidos quiso crear Europa a su imagen y semejanza. Eran los tiempos del Plan Marshall, del Mercado Común, de las bases militares, de la OTAN. Como en las novelas rosa o en ciertos «films», en el imaginado matrimonio Europa ponía una aristocracia, una tradición; Estados Unidos, el dinero y el poder. Probablemente el error de esta unión estaba en que Europa no era ni es realmente esa especie de dama aristocrática reclinada sobre sus esplendorosas ruinas donde anidaban —pájaros de antaño— los sueños espirituales de una vieja cultura decadente y elegante. Ruinas había: las graves, estremecedoras ruinas de la guerra mundial. La conmoción de esa guerra fue demasiado importante para que los ciudadanos de Europa tratasen de volver atrás, de reconstruir una cultura cómoda y displicente, en lugar de buscar fórmulas nuevas. Durante un tiempo, el mantenimiento de una tensión elevada frente a la URSS como consecuencia de la americanización de Europa privó de facilidad de maniobra a los países occidentales. Al otro lado de lo que el señor Churchill llamó «el telón de acero» en un discurso famoso de guerra fría, los países europeos del Este congelaban también su libertad de acción como consecuencia de la tensión contra los Estados Unidos.

Estamos asistiendo estos días, aceleradamente, al nacimiento de la idea de una nueva unidad europea. Esta idea ha sido llamada ya en TRIUNFO «la Europa de todos» —con la intención de señalar que de ella no puede estar excluida la URSS pero tampoco pueden estarlo los Estados Unidos— y está basada no solamente en una reconstrucción artificial de algo que nunca ha sido una unidad —la historia de Europa hasta 1945 es la historia de sus guerras interminables, de sus divisiones feroces—, sino en la esperanza de crear un organismo vivo y nuevo que tenga un peso en el mundo. Que de Gaulle haya robado o no esta idea a los países del Tercer Mundo —que, faltos de medios, sometidos continuamente a la agresión, no están todavía en medidas de realizarla— es una cuestión aparte. Su eficacia es lo que conviene medir. Ya en las conversaciones franco-soviéticas del 30 de junio —visita de de Gaulle a Moscú— se dio respuesta favorable a la pregunta de si una Europa unida podría ser un factor importante en el equilibrio mundial. De Gaulle ha apurado más el tema asegurando que si Europa hubiese estado ya unida, la guerra del Vietnam hubiese sido imposible.

Para que este europeísmo de urgencia aparezca ha sido necesario previamente un cierto desvío en la atención de los Estados Unidos. No parece que el gran país sea capaz de desarrollar una política global, aunque éste haya sido su sueño eterno. Una superior presión en Asia, una vigilancia continua sobre el Tercer Mundo para acudir a «pagar incendios», como se dice en el léxico de la Casa Blanca, ha obligado a levantar la guardia de Europa. Al mismo tiempo, la impopularidad de la guerra del Vietnam, impopularidad creciente de día en día, y más claramente manifestada ahora que nunca, ha contribuido a una especie de aislamiento diplomático de Estados Unidos, que es un reflejo a largo plazo de los movimientos iniciados en toda Europa a partir del año 1950 contra la guerra —especialmente, contra la guerra de Corea— y contra el imperialismo. En aquel momento las cabezas visibles de

aquellos movimientos eran los partidos comunistas y los progresistas independientes avanzados. Hoy hay mucha menos distinción política en esos frentes de pacifismo, si es que la hay, y se suman a ellos, aun arrastrando su discreción característica, muchos sectores conservadores. No deja de ser pintoresco que la nueva extrema derecha, el neo-nazismo, apoyado hasta ahora en Estados Unidos como esperanza de un aliado fuerte que pudiese conducir una guerra anticomunista, aparezca de pronto como antiamericano en virtud de la frustración de sus esperanzas. No podía esperarse, naturalmente, que esta rápida pérdida de presión y de prestigio de los Estados Unidos en Europa quedara sin respuesta por parte de la URSS. La multiplicidad de reuniones comunistas a nivel elevado, aprovechando conmemoraciones diversas, y la rápida entrada hacia Europa de todos los países del Este, incluida la URSS, por la apertura francesa, son los elementos de esa respuesta. En los últimos tiempos, la URSS ha apuntado en su favor una serie de elementos pacificadores: la solución de la crisis del Caribe, su abstención en el Congo, la prudencia con que ha evitado hasta ahora que el conflicto del Vietnam degenerara en una guerra mayor, el Tratado de Moscú para la prohibición de las pruebas nucleares, la «paz de Takschent» entre la India y el Pakistán. En ese tiempo, los Estados Unidos se han visto inevitablemente arrastrados a la «escalada» asiática, a la intervención en el Congo y a la mucho más visible en Santo Domingo, y se les ha declarado responsables —con razón o sin ella— de una serie de acontecimientos violentos en países del «Tercer Mundo», muy especialmente en Indonesia.

En las conversaciones de Kossyguin y de Gaulle han aparecido muchos puntos de identidad, expresados todos ellos en la misma tendencia, en la busca de esa «europeización» de Europa. Pero muy rápidamente ha surgido el punto más grave de la discordia: Alemania. El problema de las actuales fronteras alemanas no existe entre los dos dialogantes. Pero el de la reunificación del país abre un abismo. Kossyguin ha aclarado sin ninguna duda que la reunificación de Alemania es una idea que hay que abandonar. No está esa hipótesis en la mentalidad del General de Gaulle, que «necesita» una Alemania reunificada para construir su Europa. Es muy posible que éste haya sido el principal tema de conversación entre los dos prohombres políticos. La idea que de Gaulle ha tratado de insuflar a Kossyguin es la de que Alemania está prácticamente en manos «no europeas», en manos de los Estados Unidos y que no hay posibilidad de unidad continental si no se la arranca a esa influencia; la forma de recuperarla, según de Gaulle, es eliminar sus frustraciones. Para la URSS, en cambio, acceder a cualquier fórmula de reunificación es ceder precisamente a la fuerza con que Estados Unidos han enfocado el problema y permitir el renacimiento de un nacionalismo que ha proporcionado dos grandes guerras en lo que va de siglo, sin contar con los anteriores. El nacionalismo alemán no es peligroso por ahora en su extremo neo-nazi, a pesar de sus sintomáticos triunfos electorales, sino precisamente por los hombres que ocupan ya el poder: por Kiesinger y por quien puede ser la sombra tras Kiesinger, Franz Joseph Strauss. Strauss pertenece a la línea europeísta alemana que mira hacia occidente como una posibilidad de alianza aun sin hegemonía alemana, pero sin la menor concesión, sin la menor apertura hacia el Este. Una segunda línea alemana es la de la socialdemocracia, la de Willy Brandt, que tiende hacia un europeísmo occidental moderado pero buscando al mismo tiempo una reconciliación con el Este.

Esta es la apertura que parece haber aportado ya la socialdemocracia al nuevo gobierno alemán de coalición, si tomamos como indicio las primeras declaraciones públicas de Kiesinger. En el último número de «Paris Match» explica que «la clave de Europa reside en una renovación de relaciones entre París y Bonn», mediante la reactivación del tratado franco-alemán. Pero añade: «Para mí, las relaciones con Moscú tienen y tendrán una importancia creciente. Procederemos sin prisa, fundándonos únicamente en las realidades. Con las democracias populares procederemos por orden, encaminando cada caso separadamente. La doctrina Hallstein tendrá que hacerse más

SIGUE



En su 15 aniversario

perlas

MAJORICA[®]

le ofrece el obsequio
de un collar
valorado en
800.000 pts.

Este collar maravilloso, guarnecido con platino y 102 brillantes, es una creación de la JOYERIA SANZ "Antiguos Joyeros de la Real Casa" artífices de la Joyería Internacional.

Informese en las Agencias Oficiales

EN BUSCA DE UN "EUROPEISMO ACTIVO"

égl, puesto que nosotros mismos intentamos aumentar las relaciones con la zona soviética de ocupación. La doctrina Hallstein es aquella por la cual el gobierno alemán rechaza las relaciones de toda índole con los estados que hayan reconocido a la Alemania del Este; denominarla «zona soviética de ocupación» representa que mentalmente Kiesinger no ha renunciado a la doctrina Hallstein. De todas formas, anuncia que va a intentar una nueva política con la otra Alemania: «En un primer tiempo, intensificar las relaciones humanas. Después, suscitar entrevistas entre personalidades políticas». Estas declaraciones, unidas a las más moderadas, para «consumo interior», que ha hecho al «Stuttgart Zeitung» —ciertos contactos con la Alemania del Este «a condición de no olvidar que existe un solo estado alemán»— indican claramente cuál ha sido el impacto de la crisis política de la República Federal y la forma en que intenta defenderse del viraje en la política mundial. Quien quiera que dirija hoy Alemania Federal tiene que advertir que esta nueva idea europeísta alucina a las poblaciones, hace sentir a la opinión pública que es una ocasión quizá única y que no hay que desaprovecharla.

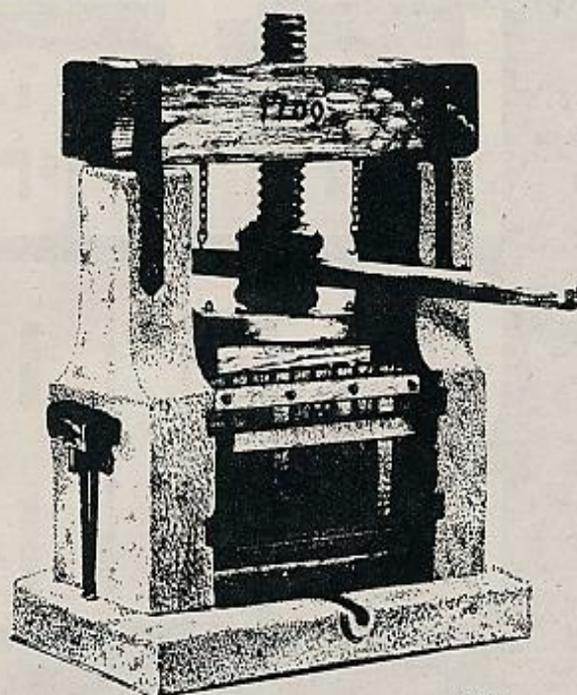
Esta es probablemente la intención británica al tratar de franquear la muralla que le separa del Mercado Común. Todo el mundo sabe que el Mercado Común proporciona a sus miembros unas ventajas económicas, y que está concebido en función de unas bases económicas. Sin embargo, es inútil creer en esta exclusividad económica: requiere una determinada formalización política. Francia no es hoy tan opuesta al ingreso británico, porque supone un equilibrio a la fuerte participación alemana, un contrapeso a la inclinación de la balanza europea hacia Alemania. Pero Gran Bretaña está hoy en contradicción con los principios del «europelismo activo» por su excesiva dependencia del Gobierno americano. Francia votó a Gran Bretaña como consecuencia de su nueva alianza con Estados Unidos en la conferencia de Nassau —1963— y la vetará de nuevo a menos de que adopte una política de mayor independencia. Lord Gladwyn, en «News of the World», pide que el Gobierno haga una declaración explicando que desea la creación de una Comunidad Europea Política y de Defensa genuina, en la cual las decisiones se tomen en común por los europeos, y en último extremo se le comuniquen a Estados Unidos. «De esta forma la voz colectiva de Europa podría tener una gran influencia en los acontecimientos mundiales y esto haría posible algún entendimiento real con los países del Este europeo». Parece que incluso los puntos de vista de lord Gladwyn, aun siendo un poco más avanzados que los del gobierno de Wilson, están establecidos con considerable retraso sobre la realidad, puesto que el entendimiento con los países del Este se está realizando a pasos agigantados.

«Si podemos organizar una acción común en nuestro continente —dice Kossygin en París— no habrá guerra nunca más». Kossygin propone como base inicial de discusión las líneas generales establecidas en la reciente reunión de países comunistas en Bucarest. En esta reunión (mes de julio) se invitó a los países europeos a la celebración de una conferencia, que tendría a considerar como indiscutibles las actuales fronteras europeas y a negar a Alemania el acceso al arma atómica, en su línea dura, pero que en su línea flexible dejaba una puerta abierta a la participación de los Estados Unidos en esa conferencia.

Las inminentes visitas de los gobernantes soviéticos a otros países europeos —Gran Bretaña, Italia— tenderán indudablemente a acentuar estas posibilidades de entendimiento intereuropeo. No tendrán evidentemente la misma acogida que en Francia, pero sí serán recibidas con un interés máximo. Es preciso hacer notar que una gran corriente de opinión, muy bien recibida por los medios gubernamentales, en los Estados Unidos, trata de no oponerse a esta posibilidad siempre que los Estados Unidos tengan su puesto en la futura Europa; y siempre que no interfiera su política en Asia. Incluso parece que hay un nuevo aislacionismo en Estados Unidos. Marshall D. Shulman, profesor de política internacional en la escuela diplomática de Harvard, señala en un artículo del «Herald Tribune» que hay en Washington una cierta tendencia a «dejar a los europeos resolver sus propios asuntos», como resultante «del argumento geográfico de que los Estados Unidos no constituyen un país europeo y la Unión Soviética sí lo es».

La velocidad con que se está formando este nuevo europeísmo activo no quiere decir que sea un hecho inmediato. Se trata de unos primeros pasos. Como elementos negativos pueden señalarse una serie de movimientos políticos nacionalistas en toda Europa —este y oeste—, la incógnita sobre la política francesa una vez que desaparezca de Gaulle y la existencia en Europa occidental de algunos países que no desean renunciar a la dependencia americana y cuyas tendencias democráticas aparecen frenadas por sus clases dominantes.

E. H. T.



UN MOMENTO FELIZ
ES LA CONSECUENCIA
DE UN DETALLE
AFORTUNADO



CHAMPAÑA
EXTRA

Castell Blancs

...es el detalle afortunado.